

ALVIRA, Rafael; HURTADO, Rafael (2023)*Oikia y polis: La familia, raíz y alma de toda sociedad,*

Pamplona: EUNSA

Publicado a principios de este año, *Oikia y Polis* se presenta como el análisis de una sociedad decadente que, habiendo perdido su norte y fundamento religioso, pretende prescindir de su piedra angular: la familia. En este último libro los autores, a lo largo de sus 147 páginas, intentan dar cimientos metafísicos a la comunidad más básica del hombre, a fin de que sobre ella se puedan construir las demás relaciones sociales que dan un sentido trascendente a nuestra existencia.

En primer lugar, se justifica a Dios como garante y creador de la familia, aunando en ella los valores propios de lo divino: la familia se concibe siempre como un don natural: de una parte, lo más propio del hombre y, de otra, algo a lo cual no se puede renunciar. La inclinación natural que tenemos a la familia viene de la mano de un deseo de dar las gracias por ella, y en tanto que impulso natural, esta acción de gracias implica **religión**. Las gracias se dan a alguien, y siendo la familia autosuficiente y en sí misma una realidad absoluta, al pensar a quién debemos esta institución, sólo podemos pensar en quien posee en plenitud estos atributos, pues solo se puede dar lo que se tiene. De ese modo, Dios se presenta como lo “Absoluto” y en tanto que creador de la familia, la hace **sagrada**, pues únicamente se puede entender bien cuando se incluye a Dios en su definición. Por ello, la familia implica una llamada a la **santidad**, ya que sabiéndose querida y diseñada por lo Divino, no puede sino aspirar a esa misma perfección que, *de facto*, le corresponde. Si *Dios nos ha querido familiares*, no podemos ignorar esa vocación.

Empero, este conocimiento es prácticamente inservible si no se salvaguarda el amor como columna vertebral de la familia.

Voluntad y deseo juegan un papel primordial, pues no basta con querer algo, sino que la voluntad, apoyada en el conocimiento racional, ha de ser lo que nos lleve a perseguirlo. De los usos de la voluntad, el más alto es el amor, el cual no puede darse sin la intervención de la fe. Creer es algo natural al hombre, por ello nos lleva a buscar la divinidad. Pues en tanto que entendida como confianza es indudablemente la base sobre la que se construye el amor.

Fe y amor empujan al conocimiento existencial de la alteridad, que, una vez alcanzado, lleva a la trascendencia de las partes involucradas. El tiempo ya no pasa, y el amor se instala en lo eterno, dando paso a una relación existencial en la que el otro no es un instrumento, sino una mediación; el conocimiento perfecto del tú hace que el yo sólo se pueda conocer en plenitud a través del otro.

Es en este conocimiento del yo donde se puede hablar de existencia, pues implica siempre el reconocimiento del otro –estar ante otro–, de ahí que solo puede entenderse si es a través del amor. Dios crea y da el ser, pero la existencia implica la sociedad y su forma primaria –en la cual nacemos– es la familia. El papel que juegan los seres queridos en la vida de una persona se vuelve así de gran relevancia, pues un ser carente de trascendencia no puede llevar sus relaciones más allá de lo superficial, dejando algo que apunta a lo absoluto en una burda mediocridad. De ahí que la educación sea algo tan relevante. Aunque amar sea una inclinación natural, amar bien es algo que se debe aprender. Tratar a los demás con el respeto que merecen no es algo que nos venga de fábrica. Teniendo en cuenta que sólo conociendo a alguien se le puede amar plenamente, la educación no puede ser extrínseca, sino que ha de ser en el seno de la familia donde se aprenda, mediante la experiencia del otro que nos ama.

El amor que abre paso a lo eterno une el “para mientras” de lo temporal con el “para siempre” anhelado por todos; sabiéndose finito el hombre aspira a la permanencia, a lo perenne. Así, el amor ha de ser profundo, salvando las diferencias y volviéndose plena unidad con la alteridad. Dos que son distintos pueden conocerse, identificarse y engendrar como fruto de su comunión. Mientras que dos que son iguales no dejan espacio para el conocimiento ni el aprendizaje: no pueden unirse, ni tampoco trascender.

Y en el amor el elemento esencial a tener en cuenta es la libertad. Amar nunca pesa en la conciencia. Si lo hiciera, el sacrificio que lleva innato supondría una carga. Sin embargo, sacrificarse por el amado no se siente como una obligación; y si lo hiciera, sería por falta de amor.

Con todo, la propuesta de Alvira y Hurtado podría resultar lejana para muchos en una sociedad permisiva e individualista como la actual. Sin embargo, teniendo en cuenta que el hilo argumental de la obra comienza y termina con el amor, es fácil darse cuenta de que su mensaje resuena perfectamente en nuestro mundo social. Una sociedad sedienta de amar y saberse amada; una sociedad a la que le cuesta digerir que toda vida humana empieze

RECENSIONES

en el amor y termina con él; una sociedad que grita desesperada, buscando saciar el trazo más grande que tiene de su creador: el Amor.

Ana Paola Vázquez

Universidad de Navarra

avazquezgui@alumni.unav.es

<https://orcid.org/0009-0008-4211-0351>